

UNA EDUCACIÓN PARA UNA ÉTICA DE LA CIUDADANÍA COMO VÍA CONTRA EL FANATISMO

Mercedes Puchol Martínez
Psicóloga Clínica y Psicoanalista

“Nacer es siempre llegar a un país extranjero” (Plutarco)

1. UN VIAJE POR LA HISTORIA A TRAVÉS DE LA FIGURA DE HERÓDOTO

Pensando en el proyecto de educar ciudadanos del mundo y para el mundo como en un viaje de descubrimiento y encuentro con el Otro como representante de lo diferente, me pregunté quién fue uno de los primeros, si no el primero, en explicitar y hablar de este proyecto. Entonces, en mi personal viaje en la Historia me encontré con la figura de Heródoto, el primer historiador y el primer globalista, descubridor de algo tan fundamental para nuestra historia presente, pasada y futura, como que “los mundos son muchos y que cada uno es único e importante. Y que hay que conocerlos porque sus respectivas culturas no son sino espejos en los que vemos reflejada la nuestra.” Y es que, como nos transmite Ryszard Kapuscinski en su libro “Viajes con Heródoto”:

Gracias a esos otros mundos nos comprendemos mejor a nosotros mismos, puesto que no podemos definir nuestra identidad hasta que no la confrontamos con otros¹.

Puesto que “toda vida verdadera es encuentro” -como afirmaba Martin Buber-, será el encuentro con los otros la fuente de la que emane el descubrimiento de nosotros mismos, en la medida en que siempre es a partir del Otro y con el Otro como vamos constituyendo y formando nuestra propia identidad. En palabras del poeta Juan Gil-Albert:

*Hay también lo invisible
nunca se sabe bien quién late dentro
de nuestra pervivencia*

Desde esta perspectiva, los Otros (padres, familiares, educadores y amigos) no sólo posibilitan que constituyamos y construyamos nuestra propia identidad, sino que también forman parte de la misma, en la medida en que a todos esos otros significativos de nuestra historia los llevamos dentro, formando parte de nuestro interior y, por tanto, de nosotros mismos. Y será entonces la intrínseca y singular forma en que integramos y/o hacemos convivir a todos esos otros significativos que van permaneciendo en nuestro interior a lo largo de nuestra propia historia, lo que irá constituyendo y formando parte del tejido o entramado de base que sostiene nuestra más genuina identidad como personas y ciudadanos del mundo.

Como afirma Patricia Grieve: *La multiculturalidad nos confronta, por lo tanto, con un problema que también atañe al psicoanálisis desde sus inicios: el Otro, su constitución, y la conflictiva relación con lo diferente² (...) Así como en una determinada sociedad diversas culturas conviven de forma más o menos armónica o conflictiva, podríamos decir que dentro de nosotros*

¹ KAPUSCINSKI, R. (2004): *Viajes con Heródoto*, Barcelona, Anagrama, 2006, p.297.

² GRIEVE, P. (2009): “Emigración y multiculturalidad: El punto de vista de una psicoanalista”, *Revista de Psicoanálisis*, APM, n° 57 (octubre 2009), Madrid, p.179.

*coexisten también diferentes culturas, representadas por las identificaciones que nos constituyen como sujetos, empezando por la cultura materna, la paterna, y otras identificaciones, secundarias, más tardías o más parciales*³.

Justamente, si seguimos viajando atrás en el tiempo con Heródoto, nos encontramos con que fue precisamente en su historia, su propia historia, donde encontró las bases para poder llegar a pensar en la historia de la humanidad. Heródoto era oriundo de Halicarnaso, un lugar muy hermoso del mundo donde la linde occidental de Asia se encuentra con el Mediterráneo. Halicarnaso era una colonia griega situada en un territorio habitado por una comunidad no griega, los carios, que dependían de los persas; con lo cual era Heródoto entonces un griego de los confines y, además, un mestizo. Su cosmovisión se componía de nociones tales como: tierra de frontera, distancia, otredad y diversidad; y parece que fue su padre, un comerciante, quien contribuyó en gran medida a despertarle el interés por el mundo. Heródoto, ese *hombre del camino* lleno de preguntas, capacidad de asombro y curiosidad por el mundo, de mente abierta y espíritu apacible y tolerante, “fue el primero en descubrir la naturaleza multicultural del mundo y el hecho de que todas las culturas deben ser aceptadas y comprendidas y que, para comprenderlas, antes hay que conocerlas”⁴.

Y es que, como nos enseñó el primer globalista e historiador que fue Heródoto, para poder comprender y amar a alguien o a algo, primero hay que poder descubrirlo y conocerlo. Sólo se ama lo que se conoce. Y va a ser justamente el auténtico amor y valoración, que nunca es excluyente, por los propios orígenes y la propia cultura de uno mismo, el pilar sobre el que se asentará el reconocimiento, el amor y entusiasmo por todo aquello que es nuevo, diferente, e incluso sorprendente.

2. SOBRE EL CONCEPTO DE CIUDADANÍA

Desde esta perspectiva, el incorporar desde la infancia una *conciencia internacional* y el que los padres puedan transmitir el concepto de *ciudadanía mundial* como un valor familiar, va formando futuros adultos que permitan funcionar mejor en un mundo global. En palabras de Homa Sabet Tavangar autora del hermoso libro “Growing Up Global”:

*No se trata de crear una amalgama cultural, sino de abrir la conciencia de ciudadanía del mundo que implica un complejo proceso de conocimiento de uno mismo, al tiempo que se conoce a los otros. (...) Cuando uno abre su mente a otras vidas y culturas, uno aprende a conocerse mejor a sí mismo y de dónde procede y, posiblemente, pueda incluso llegar a profundizar en los propios lazos familiares. Educar a los niños a tener una mente universal e integradora puede ser el mayor paso que uno inicie para construir un mundo pacífico*⁵.

El auténtico ciudadano del mundo es aquel que se abre a la amistad y al encuentro con el otro: el extranjero, el diferente por antonomasia, recibiendo y aceptando su identidad sin intentar naturalizarle a su manera⁶. Buscar lo que nos une, junto a lo que nos hace singulares y únicos, es una de las reglas de oro inherente al concepto de ciudadanía. Crecer con una mente y perspectiva abierta, amplia y global es un proyecto y un proceso que implica toda una vida y que no tiene un camino preestablecido pues, como dice el poeta Antonio Machado: *Caminante, no hay camino, se hace camino al andar*

Como afirma Fernando Savater: *Si hoy debiésemos condensar en una sola palabra el proyecto político más digno de ser atendido, yo elegiría ésta: “ciudadanía”. O sea, la forma de integración*

³ Ibídem, p.178.

⁴ KAPUSCINSKI, R., Op.cit., p.96.

⁵ SABET TAVANGAR, H. (2009): *Growing Up Global*, New York, Ballantine Books, p.14.

⁶ Tal y como fue señalado en el *Primer Encuentro de Psicoanalistas de Lengua Castellana* celebrado en Madrid durante los días 3-5 de febrero del 2012: “Uno de los problemas éticos que se plantean es poder recibir al extranjero sin intentar naturalizarlo a nuestra manera”.

*social participativa basada en compartir los mismos derechos y no en pertenecer a determinados grupos vinculados por lazos de sangre, de tradición cultural, de estatus económico o de jerarquía hereditaria*⁷ (...) *Nuestra humanidad común es necesaria para caracterizar lo verdaderamente único e irreplicable de nuestra condición, mientras que nuestra diversidad cultural es accidental. (...) Ese contagio de unas culturas por otras es precisamente lo que puede llamarse “civilización”, lo que la educación debe aspirar a transmitir*⁸.

Desde esta misma perspectiva, el historiador Erik Kahler ya precisó: *El desarrollo sólo pudo lograrse por una secuencia de pueblos y civilizaciones conectadas y mezcladas, por la cooperación sucesiva de diversas razas, por un relevo histórico, que va pasando la antorcha de mano en mano*⁹.

3. REFLEXIONES EN RELACIÓN A LA NECESIDAD DE UNA ÉTICA UNIVERSAL DE LA CIUDADANÍA

Y desde este prisma, en una sociedad globalizada y plural, requerimos pensar y actuar en términos de comunidad mundial. Por este motivo, tanto nosotros como nuestros hijos reales o simbólicos necesitamos de una sensibilidad ética que nos ayude a relacionarnos con otras culturas y civilizaciones, salvando todo aquello que pueda constituirse como una barrera nacional, étnica, religiosa o identitaria. Pero precisamente sabemos que uno de los aspectos clave de la creación de un futuro mejor es ayudar a que se desarrollen unos valores éticos desde la niñez. En mi criterio, la ética sustenta y, a la vez, trasciende la moral individual o colectiva, en la medida en que esta última está más próxima a lo coyuntural o circunstancial. De hecho, la palabra *moral* tiene su origen en el término latino *mores* que significa “costumbre”.

De esta forma, la moral depende más estrechamente de un determinado contexto histórico y social basado en costumbres aprendidas que marcan unas determinadas normas de conducta, que pueden incluso llegar a oponerse a las establecidas en otro contexto diferente. Sin embargo, la ética salva toda esa inmensa distancia que pueden llegar a suponer dos moralidades contrapuestas, al estar recorrida por un conjunto de valores, ideales y virtudes universales que trascienden lo coyuntural y accidental de nuestras costumbres, y que conforman nuestra actitud y nuestra forma de relacionarnos con los demás, con la naturaleza y con la propia vida. Y es a través de esta actitud ética y de la conducta que emana de ella, y no mediante teorías o pautas de conducta, como alcanzamos la comprensión de nuestra propia identidad, cultura y tradición, así como la de aquellos que nos rodean. Casualmente, la ética también es la savia de la que se nutre nuestra capacidad de sublimación y de trascendernos como seres humanos.

Recordando las palabras de Albert Einstein y Martin Luther King, la autora de “Growing Up Global” nos dice que: *Nos liberamos cuando somos capaces de trascendernos a nosotros mismos y a nuestro propio ser limitado, y alcanzamos una conciencia que envuelva a toda la humanidad y que amplíe nuestro círculo de compasión para conectarnos con el mundo*¹⁰.

Y sosteniendo este amor por la humanidad y la propia condición humana como expresión de la esencia de la ciudadanía universal se encuentra la *empatía* como heredera de la capacidad receptiva del vínculo primordial con las figuras parentales, y la *identificación* como permanente búsqueda y posibilidad de encuentro con otro ser humano.

⁷ SAVATER, F. (2003): *El valor de elegir*, Barcelona, Ariel, p.146.

⁸ SAVATER, F. (1997): *El valor de educar*, Barcelona, Ariel, p.161.

⁹ KAHLER, E. (1943): *Historia Universal del Hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p.36.

¹⁰ SABET TAVANGAR, H., Op. Cit., p. 240.

4. LA IMPORTANCIA DE LAS IDENTIFICACIONES

Ya en el año 1932, Sigmund Freud, en su legendario diálogo por correspondencia con Albert Einstein en relación a las causas de la guerra, sostuvo que: *Todo lo que establezca vínculos afectivos entre los seres humanos debe actuar contra la guerra. (...) Todo lo que establezca solidaridades significativas entre los seres humanos despierta este tipo de sentimientos comunes, las identificaciones. Sobre ellas se funda en gran parte la estructura de la sociedad humana. (...) Todo lo que impulsa la evolución cultural actúa contra la guerra*¹¹.

Desde esta perspectiva, las identificaciones con los otros conforman las bases de nuestra identidad y nos impulsan al encuentro y/o reencuentro con los otros, que nos posibilita nuestra capacidad de empatía: uno de los mejores legados que podemos otorgar a las generaciones futuras. La *empatía* nos permite registrar y recibir al otro de una manera nueva, aceptándole y enriqueciéndonos con su diferencia, sin proyectarle o revestirle con todo aquello que nuestros deseos o nuestros propios temores nos pueden convocar. De la misma manera que la historia depende de nuestras diversas versiones de la misma, también nuestro camino de encuentro hacia el Otro, el diferente, puede estar recorrido por: nuestros propios temores, deseos, augurios, prejuicios y malentendidos que pueden teñir, desdibujar, ensombrecer e incluso borrar su singularidad. Pienso que, quizá por ello, el poeta griego Constantino Cavafis nos enseñó a través de su bello poema “Ítaca” que:

*Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca (...)
Los lestrigones y los cíclopes
y el feroz Poseidón no podrán encontrarte
si tú no los llevas ya dentro, en tu alma,
si tu alma no los conjura ante ti*

Sin embargo, la auténtica y profunda empatía hacia el otro también nos permite combatir nuestras proyecciones, haciendo frente a los temores, prejuicios e incluso ilusiones irrealizables que el otro pueda convocarnos. La empatía, por tanto, nos permite ponernos en el lugar del otro, comprenderle y entender sus motivaciones sin tener que justificarle en sus actos. La empatía también nos permite sintonizar con el otro y tolerar, no sólo sus diferencias, sino también su opacidad, pudiendo dejar atrás la ilusión omnipotente de una comunicación total con él. Dado que frente al desajuste entre lo esperado y lo encontrado en el otro una primera reacción puede ser la violencia y el dominio, la capacidad de *sintonía recíproca* con el otro, como factor de pacificación, implica también aceptar lo indecible e incommunicable de toda relación humana; aceptar -como diría Donald Meltzer- “*el conflicto estético*” inherente a todo vínculo. Para el psicoanalista inglés Donald Meltzer¹² aceptar el conflicto estético implica, entre otras cosas, aceptar que hay algo de la complejidad del objeto de amor (del ser amado), sentido como bello y ambiguo a la vez, que pertenece a su interioridad y que a nuestros ojos se nos representa como misterioso, desconocido y enigmático. O sea, que aceptar al otro implica aceptar también sus silencios, su vacío, su misterio y sus enigmas, incluso aquellos que pueden constituirse en enigmas para sí mismo.

La *sintonía recíproca* -tal y como la define el psicoanalista Miguel Spivacow¹³- es la captación sensible y receptiva que supone la experiencia de conocer las diferencias, las complementariedades e incluso oposiciones en la relación con el otro, al tiempo que se tiene una experiencia de integración en el encuentro. Precisamente, cuando la empatía, y la sintonía que la sostiene funciona, hereda en la adultez algo de la función del vínculo primordial en relación con la capacidad parental de recoger, y simultáneamente balancear, las iniciativas del niño con las suyas propias. Partiendo de esta base, la sintonía permite metabolizar desencuentros sin desmentirlos, ni minimizarlos, al tiempo que sostiene la investidura amorosa. En mi criterio, la sintonía recíproca también nos abriría a la reconciliación como

¹¹ EINSTEIN, A., y S. FREUD (1932): *¿Por qué la guerra?*, Barcelona, Editorial Minúscula, 2001, pp. 88-94.

¹² MELTZER, D., y M. HARRIS WILLIAMS (1988): *The of Beauty*, Great Britain, The Roland Harris Educational Trust.

¹³ SPIVACOW, M. (2005): *Clínica Psicoanalítica con Parejas*, Buenos Aires Lugar Editorial.

la capacidad de reconciliar y reconciliarse con uno mismo y con el otro que constituiría uno de los mejores antídotos frente a la tendencia a la violencia y al resentimiento.

Como decía la psicoanalista Melanie Klein¹⁴: *En las profundidades de la mente el deseo de brindar felicidad a los demás se halla ligado a un fuerte sentimiento de responsabilidad e interés por ellos, que se manifiesta en forma de genuina simpatía y de capacidad de comprenderlos tal como son. (...) La simpatía genuina consiste en poder colocarse en el lugar del otro, esto es, de "identificarse" con él. La capacidad de identificación es un importantísimo elemento en las relaciones humanas en general, y una condición del amor intenso y auténtico. Sólo si tenemos capacidad de identificación con el ser amado llegamos a descuidar y hasta cierto punto sacrificar nuestros propios sentimientos y deseos, anteponiendo así temporariamente a los nuestros los intereses y emociones ajenos. Puesto que al identificarnos con otro ser compartimos la ayuda o la satisfacción que le proporcionamos, recuperamos por una vía lo que sacrificamos por otra.*

La capacidad de identificarse y empatizar con el otro nos permite, de esta forma, constatar que si la realidad plural cultural, ideológica, nacional y religiosa se transmite con una actitud abierta, cálida y en un ambiente de armonía en el que las figuras de autoridad susciten respeto y afecto, en lugar de temor, no existe amenaza para las tradiciones. Por este motivo, es importante que todo el entorno educativo esté imbuido de la noción de aceptación y conocimiento mutuos y que a todas las tradiciones culturales, creencias o prácticas se las sitúe en su contexto y se les otorgue su valor, sin que ninguna de ellas trate de arrogarse una superioridad arrogante sobre el resto.

5. EL RESPETO COMO MOTOR DEL ENCUENTRO ENTRE LAS DIFERENCIAS

Como planteaba anteriormente, en nuestro complejo mundo actual se impone la necesidad de unos medios que enriquezcan a los niños y adolescentes, dotándoles de unos valores éticos que les ayuden a tomar las decisiones adecuadas a sus necesidades. De entre ellos, contamos con que el *respeto* por uno mismo y la *autoestima* son fundamentales, pues no sólo nos hacen merecedores del respeto de los demás, sino que constituyen la base del respeto a los otros. Desde esta perspectiva, el respeto sería un valor indispensable que tendría que recorrer y trascender todas nuestras relaciones. El concepto de *respeto mutuo* es importante en la medida en que afirma las diferencias y no confunde la diferencia con la lógica que impone la disimetría de la desigualdad, en términos de error o de inferioridad.

Desde este prisma, el respeto no permite que diferencias: naturales, legítimas y circunstanciales “yo soy yo y mis circunstancias” -nos recordaba J. Ortega y Gasset¹⁵-, se conviertan en escisiones o divisiones infranqueables. Precisamente, el respeto mutuo aumenta a medida que adquirimos una mayor comprensión y valoración de las diferencias y semejanzas, y podemos comprender a los otros y a nosotros mismos en función de la historia individual y social que nos conforma. De esta forma, el respeto es una virtud y un valor porque encierra en sí mismo la posibilidad de que podamos establecer relaciones no sólo a pesar de nuestras diferencias, sino a partir de ellas, para poder aprender de la experiencia del encuentro y vínculo con los otros y ser capaces de desarrollar nuestro sentido crítico, que nos guiará nuestra capacidad de decidir. Y esta capacidad, a su vez, requiere coraje y valor para poder poner en práctica “el valor de elegir”.

Como dice la psicoanalista Patricia Grieve: *La sociedad multicultural nos presenta, por consiguiente, retos difíciles. Pero ella es también el futuro de la humanidad: el cambio y la creatividad necesarios para afrontarlo sólo pueden surgir del encuentro entre las diferencias*¹⁶.

¹⁴ KLEIN, M. (1937): “Love, Guilt and Reparation”, *The writings of Melanie Klein*, Vol. 1, Londres, Karnac, 1992, p.311.

¹⁵ ORTEGA Y GASSET, J. (1969): *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid.

¹⁶ Op.cit., 187.

6. EL VALOR DE LA LITERATURA, EL ARTE Y EL JUEGO EN LA EDUCACIÓN DE LOS FUTUROS CIUDADANOS DEL MUNDO

Y en relación con toda esa riqueza contenida en la diversidad y la diferencia, quisiera remarcar la importancia de la lectura y la narración de historias en la educación de los “futuros ciudadanos del mundo”. Las historias que recorren las diversas culturas y tradiciones, así como los mitos, los cuentos y las historias de ficción, plasmadas tanto en la literatura como en el arte cinematográfico, son de gran importancia para la educación de los niños y adolescentes. Los cuentos infantiles pueden hablar directamente al corazón de los niños y al del niño que todo adulto llevamos dentro. Como decía Hannah Arendt: “La narración de historias revela el significado sin cometer el error de definirlo”.

También Mario Vargas Llosa nos transmitió que¹⁷: *La buena literatura tiende puentes entre gentes distintas y, haciéndonos gozar, sufrir o sorprendernos, nos une por debajo de las lenguas, creencias, usos, costumbres y prejuicios que nos separan. (...) La literatura crea una fraternidad dentro de la diversidad humana y eclipsa las fronteras que erigen entre hombres y mujeres la ignorancia, las ideologías, las religiones, los idiomas y la estupidez.*

Y si la literatura -como dice Mario Vargas Llosa- crea fraternidades y tiende puentes entre gentes distintas como expresión de la capacidad que encierra todo verdadero arte para unir a través de la diversidad, serían entonces tanto el creador literario como el artista los herederos de aquello que está en la base de todas las producciones culturales: el juego infantil.

“Se puede descubrir más sobre una persona en una hora de juego, que en un año de conversación” nos enseñó Platón. De hecho, a través de nuestra historia reciente, el jugar juntos no sólo ha unido a las personas, sino que ha sobrepasado barreras y divisiones entre los seres humanos¹⁸. Y es que el juego del niño es la actividad creadora por excelencia, fruto de la espontaneidad y originalidad, motor de la creatividad y el aprendizaje, y del encuentro con el propio sí mismo y con los otros. El juego trasciende la propia lengua, y lo esencial en él no es la creación terminada, sino la actividad de crear. El juego constituye las bases sobre las que se asentará toda educación de calidad que, como decía J. Ortega y Gasset, es siempre aquella que genera curiosidad y, por tanto, también interés por otras culturas y formas de vida. Y sobre la base de esta curiosidad infantil se edificará nuestra curiosidad por el ser humano y por el mundo que, en el curso de su desarrollo, nos irá aportando una dosis de placer que nos permitirá realizarnos y disfrutar a través del descubrimiento de la condición humana. Sin embargo, desvirtuando y ensombreciendo la realización de este proyecto de conocimiento del mundo y de los hombres que nos acercaría al significado más auténtico de la felicidad, se cierne sobre nosotros una poderosa amenaza: el *fundamentalismo* o el fanatismo como el mal endémico que nos acecha.

7. EN TORNO AL FANATISMO

Cuando en febrero del 2011 tuve el privilegio de escuchar a la escritora y pensadora Bahiyyih Nakjavani en su excelente conferencia sobre el fundamentalismo titulada: “Un desafío al fundamentalismo”, comprendí, de nuevo, que pensar y enfrentar el fundamentalismo es uno de los mayores desafíos para el ser humano, y uno de los requerimientos más importantes para construir un mundo mejor. De entre toda la sabiduría que destiló su exposición, quisiera destacar algunos aspectos que me hicieron reflexionar de modo especial sobre este tema. Bahiyyih Nakjavani (2011) nos mostró que el fundamentalismo no es algo inherente a una cultura, una ideología, una religión o una nación, sino que es algo que se adhiere a todo ello y que puede formar parte de todos nosotros como una potencialidad en nuestro interior, al estar estrechamente relacionado con nuestros temores más profundos y ancestrales al cambio y la transformación y, en última instancia, al temor al otro como representante de la diferencia.

¹⁷ VARGAS LLOSA, M. (2010): “Elogio de la lectura y la ficción”, *El País*, 8/12/10. p. 40.

¹⁸ SABET TAVANGAR, H., Op. Cit.

De esta forma el fundamentalismo tiene muchas voces, pero todas ellas remiten, en última instancia, a una única voz: la voz que encarna la arrogancia y el sentimiento de superioridad frente a los otros. Como también nos muestran Darío Sor y María Rosa Senet¹⁹ en su libro “El fanatismo”, el fundamentalista trata de oponerse al paso del tiempo que implica todo cambio, congelándolo para no afrontar, de este modo, el dolor que todo verdadero crecimiento comporta e intenta establecer un reinado: el reinado de la idea dogmática, que aniquila lo que de vital tiene el pensamiento. De este modo, la idea dogmática se erige en la IDEA por antonomasia, en la única idea verdadera que no sólo *ensombrece* sino que aniquila al resto de las ideas, desligándose de ellas y rompiendo su articulación con las mismas. De esta forma, el fanático saca las ideas de su contexto originario para entronarlas y deificarlas, haciendo un uso no sólo simplificado, empobrecedor y reduccionista de ellas, sino también un uso estúpido, al hiperconcretar sus enunciados.

El fanatismo no es por tanto, una idea en sí misma, sino el uso que de ella hacemos, nos muestran desde dos ángulos diversos tanto la pensadora Bahiyyih Nakhjavani (2011) como los psicoanalistas Darío Sor y María Rosa Senet. *El fanatismo sería entonces, un uso que puede adherirse firme y tenazmente a cualquier enunciado*, y que tiene el sello de la inmediatez²⁰. El fanatismo, naciendo de la inseguridad e intolerancia a la incertidumbre, impone una muralla al pensamiento defendiéndolo fervientemente contra la pluralidad de sentidos y significados inherentes a la razón-razón vital en su esencia, como nos enseñó J. Ortega y Gasset²¹- y a la propia vida. El fanático aniquila el problema volviendo dilemático lo problemático, y despojando el misterio de la mente. De este modo, erige una idea única que no puede convivir con otras. “O se está con él o se está contra él”, puede llegar a sentir el fanático.

El fanatismo es siempre exceso de presencia y odia: la ausencia, la duda, el cambio y la experiencia emocional como motores del pensamiento. De este modo, el fundamentalista pervierte la búsqueda de la verdad como brújula del pensamiento en la medida en que olvida que la verdad no es un fin, sino una dirección²². Ignora, en su empecinada afirmación, que no existe una única verdad, sino diversas verdades singulares que son fruto del profundo proceso que todo auténtico conocimiento de uno mismo, de los otros y del mundo comporta.

Partiendo de estas reflexiones, podemos vislumbrar cómo en los pensadores verdaderamente profundos, encontramos *sintonías recíprocas* en sus pensamientos y planteamientos, aunque éstos emerjan desde fuentes o ángulos diversos. En mi criterio, tanto Bahiyyih Nakhjavani como los psicoanalistas Darío Sor y María Rosa Senet convergen desde sus diversos estilos de transmisión, a través de un modelo de pensamiento creador y profundo, en que el verdadero pensamiento siempre es: genuino, aperturista, tolerante, esperanzador y con capacidad de: sorprenderse, asombrarse y dejarse impregnar por la novedad y la diferencia; siendo todas estas cualidades el mejor antídoto contra el fundamentalismo, la falsedad y la esclavitud que toda idealización presa del fanatismo siempre conlleva.

Precisamente, y en relación con todo este tema del reduccionismo que todo núcleo fanático comporta, el pensador y filósofo Edgar Morin²³ plantea que: *A un pensamiento que aísla y separa hay que sustituirlo por un pensamiento que distinga y uno. A un pensamiento disyuntivo y reductor hay que sustituirlo por un pensamiento de lo complejo, en el sentido originario del término “complexus”: lo que está tejido junto. (...) La comprensión siempre intersubjetiva necesita apertura y generosidad. (...) El principio dialógico permite asumir racionalmente la inseparabilidad de unas nociones que puedan ser contradictorias para concebir un mismo fenómeno. (...) El pensamiento debe asumir*

¹⁹ SOR, D. Y SENET, M.R (2010): *El fanatismo*, Buenos Aires, Editorial Biebel.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Op. Cit.*

²² SOR, D. Y SENET, M.R., *Op. Cit.*

²³ MORIN, E. (1999): *La mente bien ordenada*, Barcelona, Seix Barral, 2002, pp.117-128.

dialógicamente los dos términos que tienden a excluirse mutuamente. (...) Esto nos indica que un modo de pensar capaz de unir y solidarizar conocimientos separados es capaz de prolongarse en una ética de la interrelación y de la solidaridad entre humanos.

De nuevo, entonces, nos topamos con la ética como garante y propulsora de la feliz convivencia y solidaridad entre los humanos, y con la responsabilidad como la dimensión ética que nos conduce a asumir el ideal del respeto a los demás y su alteridad, junto con la búsqueda de nuestra humanidad común. Como nos muestra Fernando Savater²⁴: también *la ética es un camino hacia la felicidad.*

8. LA ADOLESCENCIA COMO MOMENTO PRIVILEGIADO DE ENCUENTRO-REENCUENTRO CON LOS IDEALES Y VALORES UNIVERSALES

En este contexto, quisiera también hacer referencia a un momento privilegiado del desarrollo humano para posibilitar nuevos encuentros con los otros: la adolescencia.

Como Freud²⁵ nos enseñó: *En el individuo que crece, su desasimio de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas del desarrollo. Desasimio que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua.*

El tiempo adolescente es, por tanto, el momento en que se consolida la exogamia que implica el encuentro con todos esos otros diferentes y al margen del contexto familiar. En la adolescencia, cuando la prevalencia e intensidad de todo lo conocido y familiar es excesiva, todo lo novedoso, original y diferente puede ser sentido como algo que atenta contra lealtades: al entorno familiar o social más próximo. Desde esta perspectiva, la dificultad de construir con otro diferente un nuevo espacio de encuentro común puede provenir, no tanto de las convicciones conscientes, sino de la dificultad de tomar distancia o desasirse -en palabras de Freud- de la autoridad parental y, por tanto, de una intensa ligadura a los propios padres. Es entonces cuando el adolescente se queda trabado sin poder emprender su propio camino de encuentro con el otro, el diferente, y sin poder hacer -como dice la psicoanalista Teresa Olmos un “trabajo de filiación, esa elaboración psíquica que permite el desasimio de los padres, continuando su obra²⁶”-

Como señala Teresa Olmos: *En el devenir de cada historia singular, la adolescencia es un tiempo princeps en la posibilidad de reorganización de la estructuración psíquica; de los procesos de simbolización y de los procesos identificatorios²⁷.*

La adolescencia empieza con la pubertad, y representa una profunda conmoción psíquica, que obliga al aparato psíquico a enfrentarse con nuevas representaciones de un cuerpo que cambia y una nueva forma de manifestación de su mundo pulsional. Es un momento a partir del cual se resignificarán las experiencias sexuales infantiles que imponen un trabajo de simbolización; en el que una clave esencial será el poder simbolizarse como extraño, apoyado en su extrañamiento corporal²⁸.

Desde esta perspectiva, pienso que la adolescencia sería un momento privilegiado para poder encontrarnos y reencontrarnos con el extraño, el extranjero, que llevamos dentro y que representa para nosotros nuestro propio inconsciente. Julia Kristeva (1988) describe cómo el extranjero encarna todo

²⁴ SAVATER, F. (1991): *Ética para Amador*, Barcelona, Ariel, 2000.

²⁵ FREUD, S. (1905): *Tres Ensayos de Teoría sexual*, tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1994, p.207

²⁶ OLMOS, T. (1998): “Dolor mental en la adolescencia y cura psicoanalítica”, *14 Conferencias sobre el padecimiento psíquico y la cura psicoanalítica*, Enriqueta Moreno Orue [Comp.], Madrid, Biblioteca Nueva APM, 2000, p.231.

²⁷ *Ibidem*, p.225.

²⁸ OLMOS, T. (1996): “Adolescencia: en los límites de lo analizable”, *Revista de Psicoanálisis*, APM, nº 24 (octubre 1996), Madrid, p.184.

aquello reprimido, rechazado de la conciencia, lo que explicaría también el fenómeno de la xenofobia. Por consiguiente, el extraño nos evoca la “inquietante extrañeza” ante el extranjero en nosotros mismos, nuestro propio inconsciente²⁹. De esta forma, en el momento de la pubertad, este “extranjero” que nos habita formando parte de nosotros, podríamos también asociarlo al propio extrañamiento corporal del adolescente frente a un cuerpo que cambia y ya no es más el de aquel niño maravilloso del tiempo idealizado de la infancia. En ese momento, si el adolescente cuenta con una base segura y firme que le permita reconocerse y seguir sintiendo que es él mismo frente a los cambios, o puede contar con la ayuda profesional necesaria siempre que ésto no pueda realizarlo por sí mismo, entonces podrá sentir que el encuentro con el Otro, el extranjero, como representante de todo lo diferente y “extranjero” a sí mismo, no sólo puede enriquecerle, sino incluso ayudarlo a poder tomar contacto, representarse y convivir y dialogar mejor con “ese extranjero que también lleva dentro” y que, en definitiva todos albergamos en nuestro interior a lo largo de nuestra trayectoria vital.

Precisamente, en este momento privilegiado que representa la adolescencia, en el que se reestructuran los ideales del yo, y el adolescente se abre al encuentro con lo diferente y lo extranjero a sí mismo, pienso que el aporte de unos ideales universales es especialmente relevante para su devenir como “futuro ciudadano del mundo”. El encuentro y/o reencuentro con los ideales y valores universales, transmitidos a través de figuras significativas que se suman en el amplio horizonte a la tarea emprendida por los padres, aportará al adolescente -como antaño pudo aportar a aquel niño de entonces que ya no es más él mismo- puntos de anclaje sólidos que le permitan transitar en su trayectoria vital, y enriquecerse con las diferencias personales y culturales que la riqueza del mundo le ofrece.

El momento adolescente también puede representar una segunda oportunidad para poder construir y/o reconstruir los ideales que, como tales, requieren de la renuncia a la idealización del tiempo infantil y de los “todopoderosos padres de la infancia” con sus múltiples rostros, idealización que puede llegar a dejar al sujeto preso de un sentimiento de indefensión infantil y vulnerable frente a una caída en el fanatismo.

Como precisa Teresa Olmos³⁰: *En el ideal la pérdida del objeto dimensiona el pasado como falta. Se convierte en la distancia que separa el futuro del presente. El ideal del yo se genera de un no ser y aspirar a tener, lo cual implica una separación entre el yo y el ideal.*

Desde esta perspectiva, la construcción del ideal requeriría de la aceptación de la falta y, por tanto, de la renuncia a la búsqueda de perfección y totalidad propias también del estado mental fanático que, preso de una idealización alienante, impediría la emergencia del propio deseo, en la medida en que “el deseo se constituye en una dinámica de límite y de pérdida de una satisfacción absoluta y completa”³¹.

²⁹ Recogido por Grieve, P., Op. Cit.

³⁰ 1998. Op. Cit., p.229.

³¹ PUCHOL, M., (2003): “En torno a *Los amantes del círculo polar* como ilustración de las fantasías fusionales tanáticas”, *Revista de Psicoanálisis*, APM, nº 40 (diciembre 2003), Madrid, p.135.